

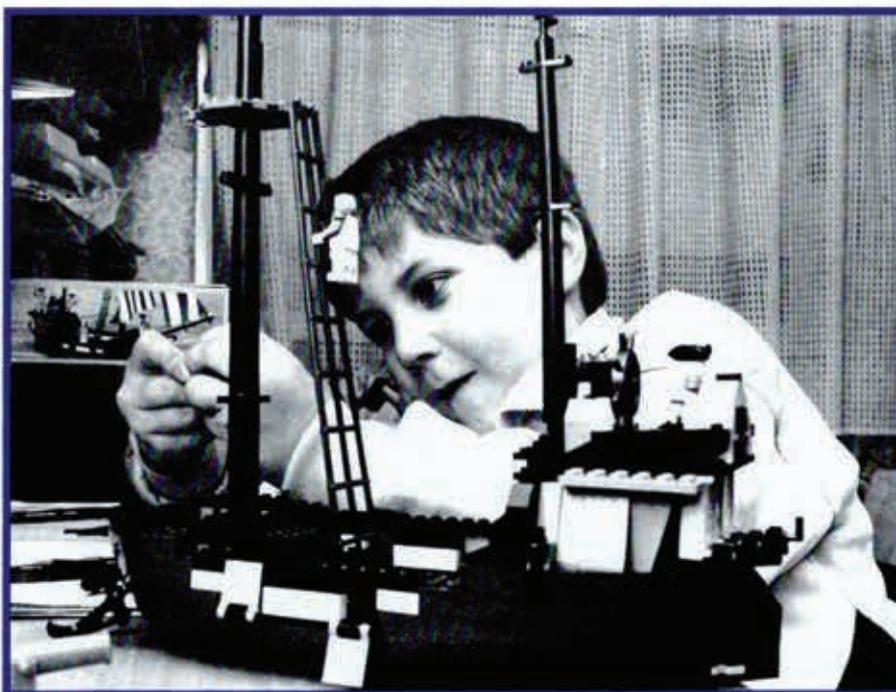
La evaluación no es sólo tarea del docente sino de todos los que integramos la sociedad

Cómo evalúan los padres la calidad en la educación

— María Menéndez-Ponte —

De una manera un poco simplista podríamos decir que los padres nos dividimos en dos grandes grupos a la hora de evaluar la calidad en la educación. Por un lado, los que se detienen en los resultados escolares inmediatos, donde prevalece lo puramente académico. Y por otro, entre los que me incluyo, los que creen que una buena nota en la selectividad no garantiza en absoluto una educación de calidad.

Para los primeros, la abundancia de deberes, las carteras bien cargadas, la presencia de exámenes sin fin, las notas - "las de toda la vida, que con esas memeces del *Progreso Adecuadamente* no hay quien se entere de cómo va la niña", la competitividad y el porcentaje de aprobados en la selectividad son los índices que les permiten valorar la calidad de la enseñanza. Son padres que quieren que su hijo lea a los cinco años, reste con llevadas y multiplique a los siete, recite de memoria el aparato digestivo y los distintos tipos de suelo a los diez y se aprenda la lista de los reyes godos a los doce. Si de todo



«Algunos padres renunciarían con gusto a cientos de kilos de conocimientos, si, a cambio, se les enseña a los niños a pensar, se les fomenta el gusto por la lectura, la investigación, la solidaridad,»

ello se olvida a los dos días de haber pasado el examen, da lo mismo, porque el objetivo -sacar la nota esperada- se ha cumplido.

Los del segundo grupo nos conformamos con que los niños adquieran la cuarta parte de los conocimientos que se les exigen, pero, eso sí, que dichos conocimientos les dejen hue-

lla para el resto de su vida. Renunciamos con gusto a cientos de kilos de conocimientos, si, a cambio, se les enseña a pensar, se les fomenta el gusto por la lectura, se les enseña a escribir correctamente, se les despierta el gusto por la cultura, se les enseña a realizar trabajos individuales y de grupo, se les enseña a inves-

tigar y, sobre todo, se les enseña a ser personas, auténticos seres humanos que sepan comprender a sus semejantes, a los que están cerca y a los que están lejos, a los que tienen mucho y a los que no tienen nada.

Ciertamente los del primer grupo son más numerosos. Y el mercado manda. Por eso la oferta educativa está planteada en función de ellos: programas sobrecargados, exigencia de conocimientos muy por encima del nivel del alumno medio, metodología memorística, deberes hasta la saciedad... Sin embargo, paradójicamente, estos mismos padres se hacen cruces ante la falta de interés de sus hijos por la cultura. ¿Por qué iba a interesarles si desde pequeños se les ha educado para la competitividad?: ser los mejores, obtener buenos resultados académicos, pasar el examen de selectividad, hacer una carrera, a ser posible también un master, y obtener un puesto de trabajo. Ese era el objetivo, y ya se ha cumplido. ¿Para qué seguir aprendiendo?

Vivimos a la carrera

Vivimos a la carrera, sin tiempo para casi nada, y mucho menos para la reflexión. Los padres llegamos a casa exhaustos después de un duro día de trabajo. Y allí nos espera otro: ayudar a nuestros hijos con los deberes.

Algunos nos rebelamos. No porque no queramos ayudar a nuestros hijos, sino porque no vemos el objetivo de los deberes tal y como están planteados. ¿Qué hacen nuestros hijos durante ocho horas en el colegio? ¿Por qué les ponen actividades que es imposible que las resuelvan por ellos mismos? ¿Por qué estudian de memoria sin enterarse de una palabra de lo que están diciendo? ¿Por qué no les enseñan a estudiar en lugar de exigirles que realicen cordilleras de actividades puramente mecánicas? ¿Por qué les enseñan Lengua sin leer libros? ¿Por qué tienen que hacer unas manualidades que los profesores saben a ciencia cierta que son los padres quienes las hacen? ¿Por qué los mantienen ocupados con toda una sarta de actividades, que no cuentan para nada a la hora de calificar, en lugar de darles



«A veces, el fracaso es posterior a la escuela «¡Fíjate, con el expediente académico tan brillante que tiene y no encuentra trabajo!»

tiempo para estudiar de forma reflexiva y asimilando los conocimientos, que son lo único que de verdad importa a la hora de evaluar? ¿Por qué no les dejan tiempo para ser personas? ¿Por qué no hay más tiempo para el cultivo de las artes y el deporte?

¿Educar o domesticar?

La respuesta del centro siempre es la misma: son los padres quienes piden que pongamos deberes, porque, si no, muchos niños llegan a casa y dicen que no tienen nada que estudiar. Y es verdad. Lo he constatado en las reuniones de padres. Los padres tienen pánico a que bajen el nivel de contenidos. Porque equiparan la calidad de la enseñanza con un alto nivel de contenidos. Y para ellos el alto nivel de contenidos consiste en cantidad a *troche y moche*. Así que siempre justifican ese tipo de deberes: "Mira, cuanto más mejor, que algo siempre quedará". "Es importante que se acostumbren a un hábito de estudio"...

Sí. Y si el hábito es de tres o cuatro horas, mejor, que así el niño no da la lata y está controlado. Y cuantas más horas les echen, mejores notas obtendrán en el examen de Selectivi-

dad. Y podrán elegir la carrera que quieran. Y obtendrán mejores puestos de trabajo. Y... ¡El cuento de la lechera! Porque nada de eso es cierto.

Este tipo de exigencia en unos casos da lugar a mentes domesticadas que acaban realizando lo que los profesores esperan de ellos; y en otros, bloquean al alumno de tal manera que lo conducen directamente al fracaso escolar. Los primeros, o sea, las mentes domesticadas suelen obtener muy buenos resultados escolares, lo cual es objeto de orgullo para los padres. Sin embargo, muchas de esas mentes domesticadas fracasan al llegar a la universidad.

Entonces los padres se echan las manos a la cabeza. ¿Qué ha ocurrido con ese hijo modélico que nunca bajaba del notable? Pues, mire, lo que ha ocurrido es que su hijo estaba programado para un tipo de modelo de enseñanza y ahora tiene que responder a otro. Y además ocurre que su hijo no está acostumbrado a pensar. Y puede ocurrir que su hijo, al verse libre de un sistema coercitivo, no sepa hacer uso de su recién estrenada libertad. Y puede ocurrir que su hijo tenga una crisis personal y diga: "¿para qué estoy haciendo yo esto?". Y puede ocurrir...

La era de los masters

Otras veces el fracaso es posterior. "¡Fíjate, con el expediente académico tan brillante que tiene y no encuentra trabajo! En cambio Carmencita, que era un desastre, ahí la tienes, colocada. ¡Y menudo puesto!" Sí, hoy en día, y cada vez más, las empresas buscan personas con una sólida educación general, capaces de saber moverse en campos distintos, polivalentes, con una gran flexibilidad, gran capacidad de comunicación y facilidad para establecer buenas relaciones con los demás. No importan tanto los conocimientos concretos para un determinado campo como la inteligencia, el talante y la calidad humana de la persona.

Desgraciadamente, nada de esto se enseña en la escuela. Por eso, a pesar de estar en la era de los masters y de los currícula más brillantes de toda la historia, nos encontramos con gente que no sabe expresarse ni oralmente ni por escrito, gente sin capacidad para elaborar



un tema, sin capacidad de análisis, sin cultura general, gente que no lee el periódico, que ignora lo que ocurre en el mundo... Y es normal. Porque sólo se les ha pedido que saquen títulos. Y eso lo han hecho de maravilla.

Tienen toda una colección de ellos.

La necesidad de una evaluación seria

La evaluación no sólo es tarea del docente, sino de los padres y de todos los que integramos la sociedad. Porque la evaluación es una exigencia interna del perfeccionamiento de todo del proceso de enseñanza-aprendizaje, y lógicamente dicho proceso tiene su repercusión en la sociedad.

Así pues sería una doble evaluación. Por un lado, la valoración cualitativa de los objetivos, procedimientos, metodología y resultados no sólo del aprendizaje de los alumnos, sino de todo el proceso educativo: evaluación de las necesidades de los alumnos, del diseño de la programación, de los materiales, del profesorado y de la propia institución. Y por otro, la valoración de las repercusiones de dicho proceso educativo en la sociedad.

Del yupismo al downshifting

En los Estados Unidos, que es el país que marca las modas que luego nos llegan a Europa, en un intervalo de tiempo relativamente corto se ha pasado de la moda de los yuppies al *downshifting* (voluntaria simplicidad). La pasión por el trabajo desahogado, la competitividad, la falta de tiempo, el consumismo desmedido y la comida-basura ha dejado paso a una nueva filosofía, "la vida simple". Este nuevo modo de concebir la vida consiste en practicar el autoconsumo, el antimaterialismo, tener tiempo para uno mismo, comer sano... En definitiva, mejorar la calidad de vida.

Las estadísticas nos dicen que en los próximos cinco años, el 15% de los profesionales americanos (alrededor de 11 millones) habrá practicado el *downshifting*. Y que la frustración y el desencanto de la juventud americana acabarán fraguando desde este mismo año una especie de *neohippismo 2000*. Se desenterrará el espíritu de Woodstock, se hablará cada vez con más insistencia de la generación beat y se declarará la guerra al sistema en varios frentes.

Para que no sea necesario llegar a extremismos de cualquier tipo, sería conveniente hacer una reflexión seria sobre la clase de sociedad que les espera a nuestros hijos y si es esa la sociedad que queremos para ellos. Pero, antes de aventurarse a hacer ningún tipo de reflexión, recomendaría a los padres una gran película que está este momento en cartel, "SMOKE". Son historias de gente que la sociedad considera "perdedores": un escritor de éxito que ha dejado de escribir desde que mataron a su mujer en un asalto, el dueño de un estanco y un adolescente negro, huérfano de madre, que emprende la búsqueda de un padre desconocido.

Es gente sin prisas, que encierra en su interior un inmenso caudal de riqueza humana. Es una historia de amistades profundas, gente para quien el dinero no significa nada. Gente que, en sus pequeños actos de cada día, nos enseña un modo de hacer y de vivir. Gente cuyas conversaciones son un auténtico "tratado de filosofía", que surge no de un manual, sino de su propia experiencia personal.

Y es que las prisas de hoy por ser los mejores, por triunfar, por obtener un puesto de trabajo, nos hacen perder el auténtico sentido de vivir, que es ese calor humano y ese caudal de experiencias que nos transmitimos unos a otros en el día a día.